

Pantas de poder europeo

Amanita muscaria mordida por algún animal en la fageda.

Ladera de Les Agudes, donde sobresalen las formaciones de hayas.

Amanita muscaria

Tanto disfrutaron los celtas de la carne de esta seta prodigiosa, que no sería raro que toda nuestra humanidad no sea más que el sueño de un druida colocado de *Amanita muscaria*, quizás a punto de despertarse alguna madrugada de éstas.

Texto: **FEDERICO PAZ** Fotos: **NATALIA MONTAÑÉS Y MARTÍN CORREA-URQUIZA**

Después de la última glaciación, lentamente fueron desapareciendo los hielos del sur de Europa, luego los del centro y, finalmente, los de casi todo el norte. Los cazadores y recolectores paleolíticos fueron moviéndose también hacia el sur y sus climas más templados, donde los esperaba un combo compuesto por la agricultura, las ciudades, los estados, los monopolios religiosos y las guerras. En definitiva: por el neolítico puro y duro que se extiende hasta nuestros días. Pero mientras migraban dispusieron, eso sí, de unos cuantos miles de años para disfrutar de un modo de vida nómada, silvestre y despreocupado, con una alimentación sana y formas de organización social descentralizadas, que en el norte del continente, lejos de las grandes civilizaciones clásicas, se extendió hasta no hace tantos siglos atrás.

Los viajes extáticos de los europeos estuvieron en su mayor parte ligados a vegetales como la amapola, el centeno o la vid, todos ellos adaptados al clima mediterráneo y a las herramientas de labranza. Pero al norte del continente, así como en las partes montañosas, sus habitantes no tuvieron a su disposición nada de esto; aunque sí contaron desde el principio con una abundante cantidad de los hongos más maravillosos del planeta, unos que nunca se dejaron domesticar ni cultivar por nadie.

En su consumo, por más que se intentó ocultarlo, se encuentra la base de una religiosidad que subsistió en todo el hemisferio norte. Giorgio Samorini, por ejemplo, documentó la extensa iconografía de árbo-



Estatua de Krishna, avatar de piel azul del dios Vishnu.

les-hongo, con sus respectivas pintitas blancas, representados en los frescos de numerosas iglesias francesas, italianas y catalanas del cristianismo primitivo o del periodo románico, poco antes de que la Inquisición revisase con lupa cualquier cosa que se pintase o escribiese, e incluso que se pensase o imaginase.

Las aventuras del dios Soma

Para los hindúes y los iraníes de la antigüedad, la *Amanita muscaria* fue adorada como un dios hijo de otro dios, Parjanya, divinidad del trueno. Los primeros lo llamaron Soma y los segundos, Haoma, descubriendo que en realidad era hijo y reencarnación de Ahura Mazda, su dios supremo. Sus ancestros arios ya traían consigo el consumo de las amanitas desde hace más de 3.500 años, y el Rig-veda, el más antiguo y sorprendente de los libros sagrados, contiene cientos de himnos dedicados a este dios con pinta de

hongo. Pero los arios no se expandieron sólo por Asia meridional, sino también por Europa, donde practicaron una religión de la naturaleza que consideraba que los dioses no habitaban en un sospechoso “más allá”, sino más bien en el “más acá”, sobre todo en las copas de los árboles, encima y debajo de ellas, en forma de seta, de ser humano o de animal. Los Vedas índicos, el Zend Avesta iraní, el shivaísmo y los cultos dionisiacos comparten con las mitologías nórdicas esta particularidad, así como el lugar central otorgado a la propia experiencia del éxtasis.

Las setas del Montseny

Ya está terminando la temporada de *apagallums*, esas setas blancas y negras que crecen entre las encinas que están alrededor de la masía donde vivimos. La recolección de toda seta desarrolla mucho la intuición, pero como los *apagallums* crecen además en el mismo sitio que el año anterior, su búsqueda desarrolla también la memoria. El primer día, cuando aparecen tras la lluvia, son sólo unas pelotas incomedibles. Hay que recordar entonces sus ubicaciones y regresar uno o dos días después, cuando ya están abiertas y listas para ser cortadas. Obviamente, los animales salvajes de la región también saben perfectamente cómo va la cosa, y además son mucho más listos y

madrugadores que nosotros, por eso tan a menudo los *apagallums* aparecen al día siguiente con algunos pedazos de sus sombreros mordidos. Para compensarlo, los seres humanos contamos con el ajo picado, la sartén y el aceite de oliva.

Sin haber conseguido más que este *apagallums* y algunos *ceps*, que más tarde pondremos en remojo con aceite, vinagre y salsa de soja para consumirlos crudos, dejamos atrás el encinar sin haber dado con ningún ejemplar del manjar preferido de la nobleza europea: la exquisita *Amanita cesárea*, más conocida por aquí como *ou de reig*. Dispuestos a encontrarnos con alguien de su familia, sin embargo, subimos unos quinientos metros la altura al nivel del mar y nos internamos en el bosque de hayas. Ya está oscureciendo, así que no tenemos demasiado tiempo. Como estamos bien entrenados, nos dejamos guiar por la intuición. Nos dividimos y comienzo a subir por la ladera de un bosque rojo dejando que la vista se pose donde ella prefiera.

Sin la interferencia de la mente, que siempre busca lo viejo y conocido, quince minutos después la vista ya está posada sobre una hermosa *Amanita muscaria* anaranjada. Subo un poco más por la ladera, me doy la vuelta y aparece la segunda, inclinada y mordida también por algún animal más es-

En su consumo, por más que se intentó ocultarlo, se encuentra la base de una religiosidad que subsistió en todo el hemisferio norte



Muérdago, hierba infaltable en el caldero de todo druida que se precie como tal.



Conjunto megalítico de Carnac, donde se alinean tres mil dólmene llevados hasta allí por Obélix.

pabilado que yo. En seguida diviso la tercera muscaria, mucho más grande, un poco más roja y con las pintas blancas bien definidas. Éste es el auténtico *reig de fageda*, uno de sus muchos nombres catalanes.

Ahora sólo toca cortarlo y secar su carne cerca de la *llar de foc*, para que el ácido iboténico se transforme en muscimol, y guardarlo hasta que cualquier día de estos se presente el momento adecuado para encontrarse con el más allá acá.

El brebaje mágico de Panoramix

Los magos, hoy popularizados como simples ilusionistas, fueron en realidad la casta sacerdotal de los iraníes, adoradores originales de la amanita, pero surgidos también en todas las aldeas de la antigüedad cercanas a los bosques de hayas, abetos y abedules. Entre los druidas, sacerdotes de los celtas que también eran indoeuropeos provenientes de las estepas rusas, no fue raro que considerasen al abedul como al más sagrado de entre sus árboles, con el que nombraban al primer mes de su calendario lunar, Ogham, que comienza por fechas navideñas.

La confederación de tribus celtas fue arrasada por los ejércitos del Imperio romano y sus habitantes sometidos. Cuatro siglos después también su culto extático sufrió el avasallamiento de la religión cristiana, asociada desde entonces al poder romano, así que finalmente todos los druidas fueron estrangulados.

¿Todos? ¡No! Subido a la copa de un blanco abedul, al borde del camino que conduce a una aldea de irreductibles galos, Panoramix corta aún un poco de muérdago con su hoz de oro. Esta hierba sagrada, *Viscum album*, casualmente aparece también muy asociada a las Navidades, justo cuando Papá Noel, chamán lapón vestido con los colores de la amanita muscaria –igual que Panoramix, y con su misma barba blanca,

aunque un poco más gordito, eso sí–, trae regalos para todos los que adornan previamente sus casas con ramas de abeto y ponen a secar las setas mágicas recogidas durante el otoño al costado de las chimeneas. A los renos, Santa Claus los deja al otro lado de la puerta, porque sabe bien que estos ciervos tan poco friolentos que conducen su trineo son tanto o más aficionados a los hongos mágicos que él.

El muérdago, las hayas, los abedules, los abetos y las amanitas forman un conjunto cultural asociado al mundo celta, y más específicamente a la sabiduría de los druidas. Y es que esta hierba que forma matas que cuelgan de los árboles que parasita y que está incluida junto a la *Amanita muscaria* en la lista de vegetales prohibidos por el Consejo Europeo, posee propiedades curativas ya bien conocidas por los celtas, que la utilizaban untándolo externamente contra el reuma o en forma de infusión contra la epilepsia. Además, sabían que era un buen antídoto contra más de un tipo de envenenamiento.

La amanita, por su parte, debe ser también recolectada y utilizada con sumo cui-

El muérdago, las hayas, los abedules, los abetos y las amanitas forman un conjunto cultural asociado al mundo celta, y más específicamente a la sabiduría de los druidas

dato y conocimiento previo. Ya en la recolección los riesgos son muy grandes, porque más de un primo suyo es extremadamente venenoso o directamente mortífero, como la *Amanita phalloides*, que micorriza normalmente con los robles y que es de color verdoso. Por las dudas, jamás hay que comer las amanitas que se decoloraron con las lluvias, aunque uno pudiese jurar que en algún momento fueron rojas o anaranjadas.

En el consumo, también hay que andar con precauciones, recomendándose pecar por falta que por exceso, prefiriendo el consumo del hongo seco que el fresco y el de los ejemplares que hayan crecido por encima de los 1.200 metros sobre el nivel del mar.

Los seres azules y el mal viaje de Gárgamel

La mayoría de los dioses hindúes, como por ejemplo Vishnu, o bien su octava reencarnación o avatar, Krishna, eran habitualmente representados de color azul, ya que provenían del espacio celestial, y aunque ellos se manifestaban como seres humanos, estaban como todos nosotros imbuidos de una buena dosis de divinidad. Desde la antigüedad más remota fueron considerados avatares, por lo que James Cameron no inventó nada nuevo con su película llamada *Avatar*, protagonizada por seres con la piel del color del cielo despejado.

En la misma línea, durante el siglo pasado surgió en antiguas tierras de los celtas unas historietas sobre otros seres azules que, casualmente, vivían en el interior de unas preciosas setas de tallo blanco y sombreros rojos pinteados.

En la Europa antigua, una vez que se impusieron los poderes imperiales y eclesiásticos, el consumo de otros vegetales alteradores de la conciencia, como las solanáceas, la vid y la amapola, fue relativamente tolerado para las clases populares, aunque hubo algunas excepciones. Sin embargo, el uso de la amanita y del brebaje donde esta seta fue su componente principal, el Soma, fueron retirados de escena y restringidos completamente. Esta política prohibicionista sólo podía ser obra de alguien que odiase a los seres azules.

Haciendo nuestras averiguaciones, pronto nos enteramos que en una ermita no lejos de allí vive un monje que utiliza los poderes alquímicos de los vegetales sagrados para enriquecerse a sí mismo. Se llama Gárgamel y, ya que nos ponemos detallistas, descubrimos que su atuendo es clásicamente el de la orden de los dominicos, que fueron quienes encabezaron la Inquisición contra los cultos paganos y extáticos europeos.

En fin, puede que todo esto sean sólo tonterías, pero muchas veces las tonterías dan para pensar cosas que no lo son tanto. 🌱